
LA DERECHA ESCAMOTEADA

Desvanecimiento y reaparición de un espacio político en el País Vasco, 1975-1995

Javier FERNANDEZ SEBASTIAN

Ningún lector medianamente informado acerca de nuestra historia contemporánea se sorprenderá si afirmamos que el País Vasco, globalmente considerado, ha sido siempre una de las regiones más conservadoras de España. Ya en el siglo XIX, en medio de las enormes dificultades que encontraba el régimen liberal para implantarse, desde las filas del carlismo o del fuerismo, publicistas como F. Navarro Villoslada o J. Mañé y Flaquer emplearon, refiriéndose al País Vasco, metáforas como la de un «oasis foral» irreductible frente a la España revolucionaria, o una «nueva Covadonga» dispuesta a emprender la gloriosa reconquista del territorio nacional de manos de los progresistas.

Un estudioso de la génesis decimonónica del problema vasco tan avisado como Jon Juaristi —problema, por cierto, que este mismo autor considera «una creación histórica de la derecha

española»—, glosando el papel político y la función ideológica jugados en aquella época por este territorio, lo calificó en un conocido ensayo de «utopía de la España conservadora».

Derecha y nacionalismo en el País Vasco de la transición

Si de la literatura histórica pasamos a la matemática electoral y saltamos del siglo XIX a tiempos más recientes, nuestro aserto no se verá en absoluto desmentido. Bastará citar un par de ejemplos. Número uno: en las primeras elecciones de la Segunda República (junio de 1931) el País Vasco fue la única región española donde triunfaron las derechas. Segundo ejemplo: en los últimos comicios municipales del pasado 28 de mayo, mientras en toda España, pese al triunfo indiscutible del centro-derecha, la suma de los votos de IU y PSOE superaba el 42% de los sufragios, en la CAV (Comunidad Autónoma Vasca) el nivel alcanzado por esas mismas formaciones era del 24% (incluso si sumáramos los votos de HB, coalición que se califica a sí misma de «izquierda abertzale» —véase nota 4—, el porcentaje resultante apenas llegaría a un 39%).

A la vista de tales antecedentes, es chocante constatar que la autoubicación de los electores sobre el eje izquierda-derecha ha venido arrojando durante la transición resultados mucho más escorados hacia la izquierda que la media española (a su vez, considerablemente más *izquierdista* que la media europea). Llamados a situarse sobre una escala graduada del 1 (extrema izquierda) al 10 (extrema derecha), los ciudadanos vascos se declaraban en su gran mayoría más o menos *de izquierdas*, destacando en este sentido los guipuzcoanos, con un valor

En las primeras elecciones de la Segunda República (1931), el País Vasco fue la única región española donde triunfaron las derechas.

medio inferior al 3,8 (seguidos de vizcaínos y alaveses, en este orden). De hecho los electores de Guipúzcoa, en agudísimo contraste con una Europa protestante, anglosajona y germánica caracterizada por su franco centro-derechismo, compartían hace una década con el Bajo Alentejo portugués y la Umbría y Toscana italianas el escalón más alto de autopercepción izquierdista de todo el continente (véase J. Vanlaer, «Izquierda y derecha en Europa», *Comunidad Europea*, marzo 1984, pp. 16-19, mapa nº 2). A juzgar por esos datos se diría que a la salida del franquismo la derecha prácticamente había desaparecido del País Vasco.

Lo cierto era, sin embargo, que como más arriba sugeríamos ese aluvión de sedicente izquierdismo no se veía corroborado empíricamente por un comportamiento electoral que de hecho arrojaba porcentajes bastante más *centrados* (*grosso modo* podríamos decir que derechas e izquierdas —incluyendo en estas últimas a HB; véase nota 4— se repartían el electorado casi al 50%, con tendencia al predominio de los primeros, sobre todo en las convocatorias autonómicas). Eso sí, en los sucesivos comicios celebrados durante la transición los partidos de la derecha y el centro-derecha de ámbito nacional veían declinar indefectiblemente sus apoyos, en tanto que el PNV, principal representante nacionalista de ese mismo espacio político, recogía la inmensa mayoría de los sufragios desertores: si en las generales de 1979 la derecha nacional representaba el 13,1% sobre el censo, en las autonómicas que se celebraron cinco años más tarde ni siquiera llegaba ya a la mitad de ese porcentaje (mientras, el PNV pasaba en el mismo periodo del 17,8% en 1979 al 28,5% en 1984). Si bien se trata de un fenómeno cuya elucidación requeriría análisis más detenidos —y también un espacio del que aquí no disponemos—, al menos algunas razones de fondo de ese trasvase parecen claras. Como se ha hecho notar a menudo, desde el restablecimiento de la democracia los franquistas

habían desaparecido en todas partes como por ensalmo. Este fenómeno era más acentuado en un País Vasco donde, contra toda evidencia histórica, se diría que nadie lo había sido nunca. Fueron entonces legión los que quisieron borrar la mínima huella de un pasado que se tornaba tanto más incómodo cuanto que el nacionalismo imponía a marchas forzadas su hegemonía. Conviene precisar que a comienzos de los años sesenta el movimiento nacionalista era prácticamente inexistente, o al menos «socialmente imperceptible», pero, resurgido de sus cenizas desde el final de esa década al calor del activismo de ETA (1), desde la muerte del dictador, y sobre todo en los primeros ochenta, cabalgaba triunfalmente sobre la capacidad intimidatoria de la organización terrorista (cuyos primeros atentados habían reagrupado a una comunidad vasco-nacionalista debilitada y dispersa, en trance de desaparición). El fulgurante orto del nacionalismo moderado —tras un eclipse de casi cuatro décadas— coincidía así milimétricamente con el ocaso, rápido y vergonzante, de un centro-derecha español desacreditado, marcado por el estigma de haber albergado actitudes más o menos complacientes para con el franquismo. Eran tiempos en que muchos consideraban axiomático que un vasco, lo que se dice un *verdadero vasco*, no podía ser de derechas; eso quedaba para los «anti-vascos», herederos de esa España ominosa y opresora que al menos desde 1936 no había hecho otra cosa que intentar aniquilar a Euskal Herria, política, militar, económica y culturalmente. La única derecha aceptable

(1) J. Juaristi dedicó hace años un sugerente ensayo de historia inmediata, a base de fuentes orales, a recordar el ambiente político del País Vasco en torno a las primeras acciones de ETA: «Un cadáver en el jardín. ETA, 20 años después», *El Globo*, 24, marzo 1988. La reaparición de un cierto «nacionalismo de masas» según G. Jáuregui Bereciartu puede situarse en torno a 1964 (*Ideología y estrategia política de ETA*, Madrid, Siglo XXI, 1981, pp. 273 ss.).

***A comienzos de los 60,
el movimiento nacionalista era
prácticamente inexistente o al menos
«socialmente imperceptible».***

era la que no lo parecía: y ese era precisamente el caso de un impoluto PNV que, identificado con el Gobierno vasco en el exilio, aparecía como el principal depositario de la legitimidad histórica de la Euskadi republicana de J. A. Aguirre (no por casualidad los electores peneuvistas situaban a su partido en el centro izquierda, un autoposicionamiento cuyo sesgo izquierdista resultaría redoblado, después de la escisión, por los seguidores de Garaikoetxea). Observemos también que, corriendo una suerte pareja a la del centro-derecha no nacionalista, el sentimiento y la conciencia nacional españolas habían naufragado al unísono en las procelosas aguas de los primeros años del posfranquismo: hoy es evidente que el general Franco, al identificar a España con la fracción nacionalcatólica del país y con el propio régimen dictatorial, persiguiendo con saña las realidades lingüísticas y culturales no castellanas y declarando «traidoras» provincias enteras, provocó en las regiones periféricas un proceso de desnacionalización formidable, sin parangón en toda la historia de la España contemporánea.

Se nos permitirá en este punto una breve digresión. La dialéctica entre nacionalismo español y nacionalismo vasco, como suele ocurrir cuando dos nacionalismos muy emparentados se afrontan por un mismo territorio y unas mismas gentes, funciona como un juego de espejos que ofrece a veces vaivenes paradójicos. Por utilizar una imagen de la dinámica de fuerzas y de fluidos se diría, en efecto, que en ocasiones tal dialéctica obedece a una suerte de *lógica pendular* activadora de un sistema de vasos comunicantes. Si es cierto que el bizkaitarrismo nació hace cien años en

un momento de aguda crisis del Estado nacional español (al fin y al cabo fue la débil capacidad integradora del patriotismo español del XIX —y no, como pretenden los nacionalistas vascos, el desmesurado centralismo ni el agobiante nacionalismo español— quien creó las condiciones para la eclosión de los nacionalismos periféricos, entre ellos el vasco), no lo es menos que la hipertrofia de ese *otro* nacionalismo español —este sí, asfixiante, obsesivo, casticista y excluyente— durante la dictadura contribuyó sin quererlo a dar nuevos bríos a sus réplicas periféricas, especialmente al catalanismo y al vasquismo. Ciertamente, desde comienzos de siglo había en Vascongadas una fuerte derecha dinástica con un tinte regionalista que, a diferencia de los nacionalistas, hacía compatibles vasquismo y españolismo. Tal derecha vasca, sustentando posiciones tibiamente liberales o francamente conservadoras, daba la réplica desde dentro al bizkaitarrismo (o, para decirlo con sus propias palabras, «salía al paso de los desmanes de los separatistas vascos»; J. de Ybarra, *Política nacional en Vizcaya*, Madrid, IEP, 1957, pp. 479 ss.). Esa derecha oligárquica, sin embargo, no se mantuvo siempre en sus límites moderados y, ante el amenazador ascenso de los separatismos (que se sumaba al *peligro* representado por la izquierda socialista, anarquista y comunista), acabó echándose mayoritariamente en brazos de un autoritarismo centralista que tenía en el ejército su fundamental punto de referencia (al revés de la tesis de los nacionalistas vascos, habría sido pues su propio nacionalismo uno de los desencadenantes principales de la aparición de un nacionalismo español de extrema derecha, cerrado y excluyente). El resto es conocido: la singular torpeza represiva de la dictadura franquista, agudizada en su última fase, y una transición hacia la democracia particularmente delicada y convulsa, iban a acabar por reducir al mínimo la presencia de la derecha nacional en Vasconia. En los últimos años muchos jóvenes vascos, educados en la cosmovisión nacionalista y en el rechazo de todo lo español, han llegado a creer que, no

ya ese nacionalcatolicismo españolista, sino la propia idea de *nación española* no era otra cosa que un reciente y artificioso invento fascista, mientras que por el contrario Euskadi —pueblo y nación ancestral— respondería a una especie de realidad indiscutible y «natural» (no hay que desdeñar a este respecto el fundamental papel de muchas *ikastolas* en la formación de este nuevo *espíritu nacional*).

Esta manipulación histórica no ha afectado sólo al pasado lejano, sino también a la inmediata memoria colectiva. Así sucede con el mito de la heroica resistencia de Euskadi «como un solo hombre» contra el franquismo, una epopeya erigida y magnificada desde principios de los años setenta a golpe de movilizaciones, agitación, activismo y represión (probablemente también de una buena dosis de retrospectiva mala conciencia) que está necesitada de profunda revisión. De entrada, puesto que la guerra del 36 en su vertiente regional fue también una feroz guerra civil *entre vascos*, es obvio que en 1939 no todos se contaban en el bando de los vencidos. (¿Habría que recordar que el *Cara al sol* —letra y música— es obra de vascos, fundamentalmente de guipuzcoanos?). Por lo demás, tampoco puede extrañar demasiado que en un régimen tan duradero muchos de quienes perdieron la guerra con el tiempo se esforzaran por buscar acomodo en la nueva situación. Aparte otras complicidades sociales —basta evocar los veraneos donostiarras del *caudillo* o el cálido recibimiento popular de Franco en 1964, en las calles de Bilbao— es evidente que a las provincias vascas, beneficiadas por el desarrollismo económico de los años sesenta, les correspondió un papel eminente en la selección de personal político de alto nivel (no es preciso acumular nombres: piénsese simplemente en la función de la Universidad de Deusto como centro de reclutamiento de cuadros para los gobiernos dictatoriales). En especial las élites dirigentes vizcaínas, pertenecientes a distintas «familias» políticas del régimen (camisas azules, boinas rojas y camisas blancas: falangistas, tradicionalistas y tecnócratas), mantuvieron con frecuencia —

como era tradición en el País Vasco desde los tiempos de los Chávarri, Martínez Rivas, Alzola, Lazúrtegui o Adán— estrechos vínculos con el mundo empresarial y financiero, al tiempo que desplegaban una importante influencia en los aledaños del poder central (E. Mariezcurrena, «La clase dirigente de Vizcaya durante el franquismo», *Saioak*, 5, 1983, pp. 77-96; G. Morán, *Los españoles que dejaron de serlo. Euskadi, 1937-1981*, Barcelona, Planeta, 1982, pp. 97 ss. (2)). Además, la oposición antifranquista no se expresó ni mucho menos exclusivamente en clave nacionalista: como en toda España, los grandes protagonistas de la conflictividad socio-laboral contra el régimen fueron los trabajadores de la industria, sus organizaciones de clase y otros organismos afines de ámbito nacional (movimientos huelguísticos a partir de mediados de los años cincuenta, primeras Comisiones Obreras, FLP, PCE...). La *nacionalización del antifranquismo* (la expresión es de Javier Corcuera) vino después, a raíz del activismo etarra y del Consejo de Guerra de Burgos (1970): «El nacionalismo moderado —seguimos citando a Corcuera— sale del franquismo apoyado en el mérito de representar la larga lucha de los vascos, y con el añadido de ser el único capaz de posibilitar la neutralización política de ETA y la pacificación del país. ETA es el medio que permite al PNV alcanzar su poder, como los carlistas habían sido el espectro que, frente a los gobiernos

(2) No me resisto a citar el siguiente párrafo de un editorial publicado en las postrimerías del franquismo por el diario *El Correo Español-El Pueblo Vasco*: «El régimen actual es esencialmente vasco: vascas fueron las dos principales provincias que se alzaron contra la República el 18 de julio de 1936 (Alava y Navarra); vascos fueron los preparadores del Movimiento Nacional (Maeztu, Goicoechea, Sangróniz, etcétera); y si contemplamos el nomenclátor de políticos que nos han gobernado desde aquella fecha, observaremos una interminable lista de nombres vascos (Bilbao, Castiella, Iturmendi, Lequerica, Careaga, Arístegui Bengoa, etcétera); de donde puede deducirse que si los vascos estamos oprimidos, quienes nos oprimen son tan vascos como nosotros mismos» (febrero de 1974, *apud* G. Morán, *op. cit.*, p. 303).

españoles del siglo XIX, posibilitaron la hegemonía del fuerismo de los liberales moderados vascos» (Prólogo a *Auto de terminación*, Madrid, El País-Aguilar, 1994, p. 23).

El espectacular despliegue del nacionalismo —que, no se olvide, era inoperante y meramente testimonial cuando nació ETA— hay que relacionarlo con un conjunto de circunstancias, algunas de las cuales ya se han esbozado. No faltan indicios de que amplias franjas del llamado *franquismo sociológico* se pasaron sin solución de continuidad al nuevo credo político: el difuso *nacionalismo sociológico* que vino a sustituirlo veía incrementarse sus efectivos a favor de una corriente de afiliación y simpatía generalizadas, reforzada por esas multitudes polivalentes de adeptos al «¡viva quien vence!» (tén-gase en cuenta que el sustrato tradicionalista, siempre presente en la región, facilitaba mucho esa reconversión). La transformación (para algunos auténtica operación de *camouflage*) no era difícil cuando desde las filas nacionalistas se abrían *generosamente* los brazos a cualquiera que —con independencia de su extracción social, sus orígenes o sus apellidos— mostrase estas dos credenciales básicas: entusiasmo por Euskadi y la «causa vasca», y correlativo rechazo hacia las FOP y el *españolismo*. En ese clima de patriótica euforia, mientras las calles cambiaban llamativamente de nombre (Sabino Arana por José Antonio; Zumalacárregui por Espartero), muchos *euskerizaban* la grafía de sus apellidos, y quienes no eran nacionalistas procuraban al menos parecerlo; dirigentes cualificados del PNV y hombres de Iglesia hacían a propósito de ETA sutiles diferencias entre el rechazo de los medios y la legitimidad —incluso la parcial coincidencia— en los fines (llegando a loar en ocasiones la entrega desinteresada y *altruista*, aunque errónea, de los activistas a sus ideales). Pero no todas las súbitas *conversiones* al nacionalismo han de atribuirse al simple oportunismo. Muchos ciudadanos vascos conservadores, gentes de dinero y/o *de orden*, creyeron de buena fé

que el PNV era la mejor barrera contra la expansión del abertzalismo radical, la única posibilidad de domeñar a un terrorismo que golpeaba con inusitada dureza: ¿acaso no parecía cierto que, como machaconamente reiteraban los órganos de prensa peneuvistas, era ésta «la única fuerza política que podía resolver los problemas de Euskadi»? Así parecían creerlo también los primeros gobiernos de la transición, que otorgaron muy pronto a los nacionalistas (cuando el nacionalismo no era todavía mayoritario) el papel de interlocutores privilegiados cuando de *asuntos vascos* se trataba (en el lenguaje parlamentario se conservan todavía expresiones que responden a esa misma lógica reduccionista, como cuando se habla de minoría *vasca* o catalana, en lugar de minoría *nacionalista vasca* o de grupo catalanista). Este plus de legitimidad iba obviamente en detrimento de las fuerzas políticas vascas no nacionalistas y contribuyó decisivamente al irresistible ascenso de un PNV que pareció convertirse en algo así como el *auténtico* representante de los vascos ante el Gobierno central. Con esa política los gobiernos de UCD segaban la hierba bajo los pies de sus propios correligionarios, los centristas vascos, que quedaron devaluados a los ojos de los electores (y ello explica posteriores intentos de algunos políticos —entre ellos Mayor Oreja— por poner en pie en los años ochenta una alternativa vasca de centro-derecha que quedara a cubierto de toda posible instrumentalización por parte de la dirección madrileña). No es preciso enfatizar hasta qué punto la opinión vasca no nacionalista comenzó a sentirse relegada y desamparada por unas altas instancias estatales tan deferentes hacia los peneuvistas; mientras muchos se refugiaron en la abstención, otros eligieron el mal menor y entregaron su voto a los nacionalistas más moderados. Los estratos sociales acomodados, abandonados por sus habituales testaferreros políticos, encomendaron mayoritariamente la defensa de sus intereses a un PNV poderoso, capaz de cumplir mejor ese papel que las escuálidas formaciones de la derecha

nacional (mientras los trabajadores inmigrantes daban su voto a los socialistas, los partidos nacionales del centro-derecha, debido al componente de clase asociado a la autoctonía, seguían pese a todo recogiendo entre sus efectivos un alto porcentaje de votantes nativos: un 63% de los de AP y UCD lo eran en las autonómicas de 1980, por sólo un 37% entre los votantes del PSOE).

Durante los primeros años de la transición, el eje de referencia principal a la hora de decidir el voto no era en el País Vasco el definido por los dos polos habituales de la confrontación política, izquierda *versus* derecha. Esa polarización había sido suplantada por otra, que giraba en torno a las lealtades nacionales: vasquismo *versus* españolismo. Los intentos de asimilación de ambos ejes vienen de atrás, de ese momento de enorme confusiónismo político/intelectual que se vivió en los años sesenta: para uno de los principales ideólogos de ETA la contradicción principal que se daba en la sociedad vasca era la que oponía «“vasquismo/progreso» frente a “españolismo/reacción”» (F. Sarrailh/F. Krutvig, *Nacionalismo revolucionario*, 1966, reed. 1974, p. 18). Afectados por ese curioso daltonismo político algunos parecían pensar que se trataba de dos escalas superponibles; confundiendo radicalismo con izquierdismo en un contexto político superideologizado y emocionalizado, el descontento social se expresaba muchas veces en clave nacionalista: «El concepto de pueblo vasco que tienen, provoca que personas con planteamientos conservadores se identifiquen con soluciones radicales, porque piensan que suena a vasco» (A. Pérez-Agote, *El nacionalismo vasco a la salida del franquismo*, Madrid, CIS-Siglo XXI, 1987, p. 143).

En la primera fase de la construcción autonómica (1980-1984) un pletórico PNV que, dado el retraimiento institucional de HB, cuenta virtualmente con mayoría absoluta, controla y dirige a sus anchas todas las instituciones de autogobierno vasco. Desde esta

situación históricamente inédita (en los años treinta el PNV fue mayoritario, pero no hegemónico) las estructuras políticas, administrativas y simbólicas se ciñen a pautas estrictamente partidarias. Ese poder omnímodo ejercido en un momento tan crucial hace que la función pública se politice dando paso a un sistema clientelista *de despojos*: la necesidad de asegurar un funcionariado adicto interfiere en los procesos de selección de personal, que no pocas veces se inician vía *batzoki* (J. Corcuera, *Política y derecho. La construcción de la autonomía vasca*, Madrid, CEC, 1991, pp. 197 ss.).

Al terrorismo le corresponde, naturalmente, un papel estelar en toda esta barahúnda. Estas rápidas transformaciones políticas tienen lugar sobre el telón de fondo de una sociedad desorientada y éticamente enferma, sometida a la ruda disciplina y al inapelable lenguaje de las armas: entre 1978 y 1980 — periodo constituyente, inicios de la democracia—, el número de víctimas a manos de ETA se multiplica; es en esos *años de hierro* cuando la banda alcanza la fase paroxística de su actividad criminal. El eclipse de la derecha vasca no nacionalista y la rotación compulsiva de las viejas a las nuevas élites no podrían entenderse sin este siniestro poder fáctico. Coincidiendo con las primeras elecciones democráticas, el secuestro y asesinato de Javier de Ybarra había dado la señal de salida para la desbandada de la otrora *apiñada* oligarquía vizcaína (G. Morán, *op. cit.*, pp. 322 ss.). Desde fines de los años setenta un modelo de sociedad quedaba arrumbado y las clases dirigentes experimentaban una drástica renovación: «Lo que ayer fue Neguri —sentenciaba Gregorio Morán, refiriéndose a esos primeros ochenta— hoy era el Partido Nacionalista Vasco» (*Testamento vasco. Un ensayo de interpretación*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, p. 145). Es el fin de la alta burguesía de Neguri, cuyo antiguo esplendor reducido a cenizas ha sido literariamente recreado por Antonio Menchaca en *Las memorias de la marquesa de Abendaño*.

***La única derecha aceptable
era la que no lo parecía:
y ese era precisamente
el caso de un impoluto PNV.***

Entre los sectores sociales a quienes ETA golpea con especial saña, junto a policías, militares, empresarios, etcétera, también hay un sitio para los políticos. La acción directa de los terroristas en este campo parece responder al propósito de minimizar la presencia en Euskadi de las formaciones *españolistas* (dirigiendo sus armas contra el partido que se perfila como emergente dentro de ese sector en cada momento, sucesivamente etiquetado como «principal enemigo del pueblo vasco»: la UCD antes de 1982, el PSOE más tarde, el PP en los últimos meses).

A vueltas con la distinción izquierda/derecha. Individualismo y holismo

Llegados a este punto parece pertinente preguntarnos una vez más por los fundamentos de la divisoria política izquierda/derecha. La *communis opinio* viene asociando este último polo con la defensa de valores tales como la tradición y el orden, en tanto que la izquierda aparece especialmente preocupada por la emancipación de los individuos y su progresiva equiparación en derechos y oportunidades de vida (3). No obstante, es bien sabi-

(3) Según una encuesta del CIS realizada en abril de 1995, los valores que para la mayoría de los españoles caracterizan a la derecha son la tradición (54%) y el orden (44%), mientras que a la izquierda se le atribuyen mayoritariamente la preocupación por la igualdad (49%), solidaridad (47%), libertad individual y tolerancia (ambos con un 44%). Véase un extracto en *El País*, 28-8-95.

***La guerra del 36
en su vertiente regional
fue también una feroz
guerra civil «entre vascos».***

do que los teóricos que se han ocupado del tema están muy lejos de ponerse de acuerdo en un criterio común. En uno de sus últimos trabajos Norberto Bobbio, haciéndose eco de una posición bastante generalizada, reduce este criterio a la diferente actitud de derechas e izquierdas ante el ideal de la igualdad. Ahora bien, para el caso que nos ocupa convendría tener en cuenta lo escrito por otros autores, como D. Cofrancesco, M. Gauchet, L. Dumont, M. Revelli o P. Flores d'Arcais, que han ilustrado recientemente esta demarcación a la luz de diferentes principios. El último de los citados, sin negar la pertinencia de otros valores clásicos (igualdad, solidaridad), hacía residir la esencia de la izquierda en la defensa del individualismo (de un individualismo consecuente, que desde luego no excluye la solidaridad). El filósofo italiano abogaba por una izquierda que, tomando como ideal la realización efectiva, generalizada y permanente de los principios políticos y axiológicos de la revolución liberal, fuera capaz de situar al individuo y sus libertades en el centro de una democracia tomada en serio: «aunque parezca paradójico —escribe Flores d'Arcais—, izquierda debe indicar el *ethos* que se decide por el individuo, como valor irrenunciable y por tanto sumo». Un individuo cuya emancipación y desarrollo personal no deben quedar circunscritos al ámbito privado (sociedad civil, mercado), sino que han de desplegarse también en la esfera pública bajo unas instituciones estatales cuya legalidad debe garantizar en todo momento la libertad y la tolerancia, entendidas como la posibilidad de que las diferencias individuales puedan ser ejercidas por todos frente a cualquier tipo de

constricción comunitarista (lo que implica una reivindicación del derecho al disenso frente a la lógica identitaria del grupo —o, según su propia expresión, del *derecho a la herejía* frente a la lógica totalitaria del control social; «El individuo libertario», *Claves de razón práctica*, 51, abril, 1995, pp. 2-8).

Este planteamiento de Flores d'Arcais admite cierto paralelo con las propuestas y reflexiones de un autor tan sugestivo como L. Dumont («Sur l'idéologie politique française. Une perspective comparative», *Le Débat*, 58, 1990; véanse los comentarios de M. Gauchet en «La droite et la gauche», *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1992, III-1, pp. 454-456). Proponía el antropólogo francés una comprensión en profundidad de la polaridad izquierda/derecha sobre la base de considerar a la primera el *partido* por excelencia de la ideología individualista que deriva de la revolución de los derechos del hombre. Al encarnar los valores y principios esenciales de 1789, la izquierda lucharía ante todo por la autonomía de las conciencias y la libre disposición de sí mismo. La derecha sería, por el contrario, el polo defensor del imperativo holista mantenido a todo trance y en sus distintas variantes vehicularía, frente a la rebelión individualista, las diversas exigencias de lo colectivo/comunitario: primacía de los valores de la tradición, la herencia, la jerarquía y la pertenencia.

La aplicación a nuestro caso concreto de estos criterios generales de distinción izquierda/derecha confirmaría las primeras reflexiones que adelantábamos al comienzo de este ensayo. De hecho, si hay un rasgo que caracteriza la evolución histórica de las provincias vascas desde el final de la Edad Media —la universalización foral de la hidalguía tiene mucho que ver en ello— es su acendrado *holismo* (por utilizar la expresión de L. Dumont): la piedra de toque de la moderna mentalidad individualista descubre por doquier en Vasconia el oro puro de su contrario, el comunitarismo, identificado también por muchos sociólogos como uno de los rasgos más característicos de la sociedad

vasca de las últimas décadas (me remito a los estudios de A. Pérez-Agote y A. Gurruchaga, entre otros, que han puesto de manifiesto el destacado papel de la *alta densidad relacional* y las diversas formas de la sociabilidad, desde las más primarias, gregarias e informales — cuadrilla, poteo, «cultura de calle», etcétera— a las más organizadas —red asociativa— en la transmisión y reproducción de la conciencia nacionalista en el País Vasco).

Claro que el fenómeno tiene profundas raíces históricas y no se circunscribe a la comunidad nacionalista. Dejemos hablar a dos buenos conocedores del País Vasco políticamente identificados de modo inequívoco con las derechas. A la altura de 1867 el político alavés Ramón Ortiz de Zárate se congratulaba porque en el País Vascongado «lo es todo la colectividad y nada el individuo». Cien años después, un observador tan sagaz como Sánchez-Mazas decía, refiriéndose a la capital vizcaína —uno de los enclaves por excelencia del liberalismo en tierra vasca—, que «el individualismo absoluto, que viene de la Reforma protestante ... y pasa luego a la teoría y a la práctica liberales con la Revolución Francesa, nunca tuvo arraigo en Bilbao, [villa que es] en el fondo de su alma, mucho más que Burgos o Toledo, una de las ciudades verdaderamente tradicionales de España».

Pero si, como tantas veces se ha señalado, el apego a la tradición y el rechazo al mundo moderno han sido históricamente dos de las notas más acusadas del imaginario vasco (J. Fernández Sebastián, «Antecedentes. Fuerismo, carlismo, nacionalismo. Un largo combate

Los primeros gobiernos de la transición otorgaron a los nacionalistas el papel de interlocutores privilegiados cuando de «asuntos vascos» se trataba.

contra la modernidad», en *Los nacionalistas*, Vitoria, Fundación Sancho el Sabio, 1995, pp. 15 ss.), lo que podríamos llamar el *estilo político* que se ha ido perfilando como predominante en el País Vasco desde los albores de la edad moderna y, sobre todo, desde el último tercio del XVIII, pudiera definirse con las notas de fundamentalista, antiilustrado, antiindividualista y empapado de sentimentalidad; en una palabra romántico. Esa concomitancia en los rechazos y ese estilo —que ha marcado indeleblemente toda una cultura política de larga duración— explica que cierta *soi-disant* izquierda extrema se haya dado la mano tan fácilmente con la extrema derecha tradicional (4): en las páginas de ciertas publicaciones nacionalistas radicales todavía se discutía hace pocos años si no sería preferible la superior «democracia vasca» de los fueros (representación orgánico-corporativa: familia, municipio...) al sufragio universal de la «democracia individualista». Huérfanos de referencias ideológicas de prestigio tampoco faltan en nuestros días (anti)filósofos aficionados, próximos al MLNV, que con más pena que gloria intentan fichar al mismísimo Rous

(4) Dilucidar si el conglomerado ETA-HB-KAS es de izquierdas es una cuestión en la que aquí no podemos detenemos mucho. Aunque sabemos que Herri Batasuna (Unidad Popular) viene calificándose tradicionalmente a sí misma —y a sus organizaciones afines— *de izquierda abertzale*, no siempre la autopercepción de un actor político coincide con la imagen objetiva que con su actuación proyecta hacia el exterior. Como mostró hace años Patxo Unzueta desde estas mismas páginas («Qué es y qué no es Herri Batasuna»), ni su práctica política —inspirada ideológicamente en el aranismo más reaccionario—, ni su funcionamiento interno eran en absoluto democráticos ni progresistas. Desde entonces su comportamiento cotidiano asemeja más y más este movimiento a una especie de carlismo redivivo con incrustaciones ultraizquierdistas y reflejos fascistas. Su *praxis* política ha traspasado hace tiempo la frontera que podía diferenciarle de un movimiento de corte nazi-fascista con rasgos mafiosos (militarismo, mística ultranacionalista, culto a la muerte, desprecio a los métodos democráticos, chantaje, agresiones e intimidación de sus oponentes —la inmensa mayoría de la población— por medio de la violencia, etcétera).

***El eclipse de la derecha vasca
no nacionalista no podría
entenderse sin el siniestro
poder ficticio de ETA.***

seau para apuntalar un discurso languideciente, mortífero y totalitario (J. Fernández Sebastián, «Una lectura insólita del “Contrato Social”», *El País*, 29-10-94). Pero si los simpatizantes vascos de la Ilustración siempre han lamentado la mala aclimatación en el País Vasco del individualismo, el laicismo, la tolerancia o el liberalismo, todo esto parece estar cambiando con cierta rapidez (las encuestas comenzaron a atisbar desde fines de los años ochenta cambios significativos en el horizonte). Algunos sociólogos reaccionaron pronto ante los indicios de que entre los jóvenes de la última generación ganaba terreno la privatización de la vida —que ya se detectaba entre los nacidos después de 1960—, la *occidentalización* y la desdramatización de la política: esta pérdida de valores comunitarios por parte de una juventud crecientemente *desmovilizada* justificaría la necesidad perentoria de reinventar el «dosel sagrado» del nacionalismo (A. Gurrutxaga, *La refundación del nacionalismo vasco*, Bilbao, UPV, 1990).

**PP-PNV, liberales y carlistas:
el doble legado histórico
de las derechas vascas**

Izquierda y derecha son siempre términos relativos y fluctuantes. Es legítimo por tanto preguntarnos cuál de los dos núcleos de la derecha vasca ocupa en la actualidad un espacio más centrado (cuestión nada irrelevante políticamente, puesto que la competencia interpartidaria es en buena medida una batalla por el centro). En principio caben pocas

dudas —las encuestas así lo corroboran— de que la mayoría de los ciudadanos han venido situando durante todos estos años al PP muy a la derecha del PNV, partido este último que ostenta una estratégica posición central en el sistema (F. J. Llera, *Los vascos y la política*, Bilbao, UPV, 1994, pp. 23 ss.). No obstante a la vista de las tomas de posición concretas de estos partidos sobre ciertos asuntos cruciales, de la comparación de los programas y de sus respectivas actitudes y fuentes ideológicas, estas apreciaciones de la opinión parecen bastante discutibles.

La imagen del PP como un partido netamente de derechas, incluso con ribetes ultraderechistas, debe mucho sin duda al pasado más o menos franquista de algunos de sus viejos líderes y también, en el País Vasco, al confusionismo ideológico que ha venido asociando derecha con centralismo (*confusión* que no es ajena a la deliberada intoxicación de distintos sectores interesados en presentar al PP como un reducto de *fachas*). El PNV, por el contrario, pese a unos orígenes que mostraban abundantes puntos de contacto con la extrema derecha y a su definición ideológica rigurosamente tradicionalista (PNV-EAJ, esto es: partido que defiende el lema JEL: *Jaungoikoa eta Legi Zarra*, Dios y la ley vieja), ha logrado contrarrestar esa percepción hasta difuminar en gran medida su adscripción primaria gracias a un proceso democratizador que arranca de los tiempos de la Segunda República. 1936 marca un punto de inflexión en la historia de este partido, que en los comicios de febrero de ese año se ofreció a los electores vascos como tercera vía intermedia entre derechas e izquierdas, apareciendo por tanto como una fuerza centrista (más que por su ideología, por su posición relativa entre el Frente Popular y el bloque contrarrevolucionario). Esta ubicación se vería reforzada a raíz de la sublevación del 18 de julio, al optar —no sin algunas vacilaciones de primera hora— por el bando republicano, lo que separó al PNV definitivamente de la derecha española,

aproximándole a los socialistas y al resto de fuerzas democráticas.

Sin embargo las relaciones entre estas dos familias políticas, cuyo parentesco doctrinal es en el fondo mucho mayor de lo que a primera vista puede parecer —no en vano actualmente se sientan en la misma internacional conservadora—, han conocido a lo largo de su historia (5) avatares muy diversos en función de los intereses tácticos coyunturales de unos y de otros, con momentos alternativos de aproximación (en pro de valores comunes, religiosos o forales: J. M^a de Urquijo y *La Gaceta del Norte*, Estatuto de Estella...) y de franco enfrentamiento (G. de Balparda y la Liga monárquica vizcaína, guerra civil...).

Ahora bien, es indudable que PNV y PP responden a dos subculturas políticas muy alejadas: el primero es un movimiento inicialmente vinculado a determinados sectores de la pequeña burguesía bilbaína, que desde sus comienzos tuvo una clara vocación de partido interclasista de masas. El PNV, que cuenta con una amplia base rural y totaliza más de 30.000 afiliados, siempre se ha caracterizado por cultivar una difusa sociabilidad parapolítica que se articula en torno a una extensa red de *batzokis*. El perfil del PP —un partido que debido a la persistencia del terrorismo sigue teniendo dificultades especiales para su expansión— es más urbano y burgués (podríamos decir que sus antepasados de la

(5) Si el PNV es un partido centenario, tampoco es desdeñable la «antigüedad» vicaria del PP en tanto que heredero de una derecha nacional muy arraigada en el País Vasco. El actual Partido Popular vasco podría considerarse en buena parte heredero de la cultura político-económica de la derecha dinástica (monárquicos alfonsinos de los tiempos de la Restauración), que pivotó principalmente sobre la villa de Bilbao. Esta corriente ideológica, amén de establecer una fuerte conexión directa entre los grandes magnates del mundo empresarial y las élites políticas, contó siempre en su entorno con cierto número de intelectuales orgánicos y escritores de valía (Basterra, Maeztu, Salaberría, Lequerica, Sánchez Mazas...).

derecha dinástica, pertenecientes a la oligarquía vasca, nunca quisieron ser más que un partido de notables) y, pese a que desde su refundación goza de creciente aceptación social, sus efectivos apenas suponen una décima parte de los del PNV (declara alrededor de 3.000 afiliados).

Pero quizá la mayor diferencia entre ambas formaciones resida en sus respectivos *estilos* de hacer política. Un estilo que por lo que concierne al PNV combina la superemocionalización simbólica (himnos, banderas...) y el fundamentalismo en sus principios con un fuerte pragmatismo en la gestión cotidiana (visible, por ejemplo, en su política de alianzas). No se olvide que como partido-comunidad el PNV se considera a sí mismo «un pueblo en marcha» [*sic*], el embrión de un futuro Euskadi independiente, unificado y euskaldún; su máximo ideal, por tanto, sería hacer coincidir la sociedad real con su noción esencialista y totalizadora de *pueblo vasco*, ocupando así todo el espacio político hasta cancelar la distinción izquierda/derecha (un planteamiento por tanto difícilmente conciliable con el pluralismo, que deja entrever inquietantes ribetes antidemocráticos). El PP vasco, por el contrario, curado de esa retórica rabiosamente españolista que caracterizó a la derecha franquista, aparece últimamente como un partido que tiene a gala su mesura y moderación, mucho más neutro desde el punto de vista de la sentimentalidad política, y en este sentido conectaría hoy con la *otra* tradición vasca, la minoritaria liberal (más allá de campañas de imagen y *marketing* político, cabe ver en esta nueva/vieja política una apuesta racionalizadora por corregir el rumbo a fin de eliminar el giro autoritario de la derecha demoliberal en los años treinta; [para este periodo véase G. Plata Parga, *La derecha vasca y la crisis de la democracia española, 1931-1936*, Bilbao, Diputación Foral de Bizkaia, 1984]). Por otra parte, frente al proverbial inmovilismo de un PNV, que no sólo sigue sin aceptar los símbolos españoles sino que periódicamente alardea de deslealtad hacia la Constitución,

Si hay un rasgo que caracteriza la evolución histórica de las provincias vascas desde el final de la Edad Media es su acendrado «holismo».

el PP (y, en general, los partidos vascos de ámbito nacional), dando muestras de mucha mayor flexibilidad, parece haber optado por un sistema de lealtades compartidas que, a diferencia del monolítico exclusivismo de los nacionalistas, compatibiliza su adhesión al marco jurídico constitucional con el estatutario (lo cual, en el terreno simbólico, conlleva la aceptación de elementos como la ikurriña o el propio neologismo *Euskadi*).

Unos y otros, peneuvistas y populares, tienen detrás una genealogía bastante enmarañada desde el punto de vista histórico-ideológico y en el seno de ambos partidos pueden encontrarse en dosis variables ingredientes que no serían en principio muy diferentes —carlismo, liberalismo, foralismo, doctrina social de la Iglesia, pensamiento democristiano, populismo, etcétera—. Las dos primeras corrientes —carlismo y liberalismo— son como se sabe las fuentes primordiales decimonónicas de toda la política vasca contemporánea y, en este sentido, a riesgo de simplificar en demasía diríamos que el residuo carlista es más perceptible en el campo del PNV, en tanto que el legado liberal-foralista predomina en el PP.

Referimos a carlistas y liberales como *derechas e izquierdas* sólo tendría sentido retrospectivamente, puesto que el uso de estos términos para definir las dos categorías de base de la confrontación política —que como es sabido procede de Francia: lejanamente de la Revolución, inmediatamente del *affaire* Dreyfuss— sólo comienza a generalizarse en Vizcaya en las dos primeras décadas del novecientos con la entrada en liza de dos nuevos partidos:

PSOE y PNV (J. Real Cuesta, *Partidos, elecciones y bloques de poder en el País Vasco, 1876-1923*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1991, pp. 36 ss.). La irrupción de estas fuerzas políticas produce grandes cambios en un sistema de partidos que sólo en aras de una simplificación un poco maniquea se dejaría atrapar en un esquema dualista: liberales-demócratas-socialistas *versus* carlistas-integristas-nacionalistas. En realidad el creciente pluralismo político —consustancial al País Vasco contemporáneo, como ha insistido con singular penetración Juan Pablo Fusi— había dejado ya de responder a la bipolaridad decimonónica (tradicionalistas/liberales): durante el primer tercio de nuestro siglo la figura geométrica que mejor resume el subsistema político vasco es el triángulo. Y esa triangulación básica *nacionalismo-liberales dinásticos-socialistas* (en dónde, nótese, están ya presentes las dos derechas), llega ligeramente modificada (*derecha española-nacionalistas-izquierda*) hasta la guerra civil. Más sorprendente resultaría comprobar que cuatro décadas después las primeras elecciones de la democracia reprodujeran a grandes rasgos el cuadro político republicano (al reaparecer los consabidos tres bloques de una importancia *grosso modo* similar, además del comportamiento diferenciado de Alava —menos nacionalista— respecto a las otras dos provincias). La novedad vendría en posteriores comicios, cuando —con una derecha española paulatinamente absorbida por el nacionalismo moderado y una «izquierda *abertzale*» en auge— pareció por un momento que una nueva triangulación con dos izquierdas y un solo centro-derecha (*nacionalistas-socialistas-abertzales*), había venido a sustituir al tradicional *ménage à trois*. Lo cierto sin embargo es que la fragmentación no había hecho más que empezar, y las sucesivas convocatorias electorales fueron configurando un abigarrado sistema de *pluralismo polarizado* en el que la atomización de la representación política ha llegado por el momento hasta un total de 7 partidos relevantes (PNV, PSOE, HB, EA, IU, PP, UA), que pueden agruparse en al menos cinco subculturas políticas distintas (6). El alto índice

de fragmentación, la presencia de un partido antisistema, el hecho de que las dos formaciones mayoritarias no lleguen al 50% de los votos, la intensa ideologización y la enorme polarización (distancia ideológica entre los partidos extremos), configuran en conjunto un panorama poco tranquilizador, que suele ser motivo de preocupación para los politólogos en la medida en que puedan prevalecer los impulsos centrífugos (J. J. Linz, *Conflicto en Euskadi*, Madrid, Espasa-Calpe, 1986).

Si en este bosque de siglas volvemos a fijarnos en las dos derechas y retomamos los criterios antes esbozados de Flores d'Arcais/Dumont, parece evidente que el PNV ocuparía una posición ideológica a la derecha del PP. Si durante la dictadura los genuinos representantes de un carlismo con adherencias maurrasianas se situaban inequívocamente en la derecha española, en estos últimos años no es menos patente que el fondo paleocarlista se trasluce con frecuencia en los modos y maneras del peneuvismo. Desde su refundación como partido y la consiguiente apertura/desplazamiento hacia el centro, sería muy difícil encontrar en la argumentación ideológico-política de los líderes del centro-derecha vasco una retórica esencialista y comunitarista comparable a la de sus adversarios nacionalistas (y casi siempre es en las cuestiones ideológicas —y en su plasmación en los respectivos programas: autogobierno, tratamiento del terrorismo, política lingüística...— donde hay que buscar las diferencias, habida cuenta de su gran similitud en las políticas económicas, de empleo, infraestructuras, medio ambiente, etcétera). El nacionalismo, incluso el moderado, en tanto que religión política que otorga a la comunidad-pueblo místico marcada preferencia sobre los conciudadanos concretos (ajenos en buena parte a esa comunidad) mantiene siempre una

(6) A saber: nacionalismo vasco democrático (PNV, EA), socialismo (PSOE), centro-derecha no nacionalista (PP, UA), izquierda comunista (IU) y radicalismo *abertzale* (HB).

fuerte tensión con los procedimientos laicos y la lógica profana de la sociedad democrática (A. Arteta, «Nacionalismo y democracia», *El País*, 16-5-95). El PNV encarna de un modo mucho más acabado que el PP esa mentalidad antimoderna, antiliberal y fideísta de la tradición vasca, opuesta al libre uso individual de la razón: no en vano, como declaró Julio Caro Baroja en 1984, «[En el País Vasco] la colectividad con una fé ha querido imponer siempre su criterio y el pensamiento individual es considerado aquí como algo sospechoso» (quizá por ello, había dicho con anterioridad el recientemente desaparecido historiador y antropólogo, «ser liberal en el País Vasco es como ser maniático, como hablar solo por la calle»). No hay en efecto en la retórica política de los populares —que se conforman con representar a un segmento de la plural sociedad vasca— ni rastro de ese género de soflamas pidiendo a los ciudadanos una especie de adhesión incondicional y unánime a la patria/comunidad/partido que tanto abundan en el discurso peneuvista (así, cuando Arzalluz compara a Euskadi con una *familia* a la que se pertenece en virtud de un ineludible y prepolítico imperativo biológico), ni tampoco los exabruptos con que periódicamente los *jelkides* apelan a los impulsos más viscerales de su clientela política (7). Desde el punto de vista de los modos y de las actitudes —también si se tiene en cuenta el mayor peso confesional y la conexión clerical, visible en el apoyo de unos obispos vascos claramente alineados durante últimos años en la órbita

(7) La insistencia de Aznar y sus seguidores, retomando ideas de Ortega o Azaña, en un proyecto *nacional* para España en principio tiene poco que ver, oportunos aparte, con un nacionalismo excluyente y esencialista. Desde luego no es en absoluto un etnonacionalismo comparable al del PNV. Más bien da la impresión que, en lugar de buscar el consenso con los socialistas en una cuestión de Estado —como lo es la política autonómica—, el líder del PP ha tratado de aprovechar una cierta indefinición del PSOE sobre una cuestión delicada, sin duda muy difícil de consensuar en el clima político extremadamente enrarecido de estos últimos meses.

***El modelo ideológico justificador
de un nacionalismo defensivo
frente a los perversos y agresivos
poderes centrales está agotado.***

nacionalista (8)— caben pocas dudas de que si a alguno de los dos partidos le corresponde por méritos propios el papel de legítimo heredero del carlismo —pese a su acreditada trayectoria democrática en el último medio siglo— es al PNV.

**Evolución y prospectiva.
Un espacio político en expansión**

Las sucesivas convocatorias electorales vienen demostrando con reiteración —volatilidad del voto, flujos entre distintos bloques y fuerzas políticas, creciente fragmentación— que el sistema de partidos no está ni mucho menos consolidado en la CAV. Aún así un análisis somero de los comicios celebrados estos últimos años permite aventurar que, siempre que se mantengan las tendencias que parecen apuntarse, el centro-derecha español tiene por delante un futuro relativamente halagüeño. Veamos.

Hay dos fenómenos que combinados confieren a los populares estos buenos augurios. En primer lugar, es evidente que el partido socialista (y por ende la izquierda en su conjunto) atraviesa un momento de crisis en toda España. Este avance generalizado de la dere-

(8) La tentación clericalista siempre presente en el PNV hace incurrir a veces a este partido en comportamientos que recuerdan al nacional-catolicismo franquista. Con ocasión de la reciente polémica acerca del nombramiento del próximo obispo de Bilbao, el presidente del PP del País Vasco acusaba a Arzalluz de llevar a cabo «exactamente la misma injerencia política que practicó Franco» (*El País*, 31-8-95).

cha presenta en el País Vasco perfiles propios y tiene lugar además en un contexto regional donde el nacionalismo ha iniciado asimismo un movimiento de repliegue.

En las autonómicas de octubre 1994 se produjo ya un claro reequilibrio de las fuerzas nacionalistas y no nacionalistas en el Parlamento vasco. En este último sector, mientras el PSE-EE sufría un severo correctivo, el PP casi dobló su representación. (Aunque no es el tema de este trabajo, entre los factores que explican el descalabro de los socialistas —que perdieron 4 escaños, pese a la confluencia con Euskadiko Ezkerra— probablemente el más importante fue el desafortunado *giro vasquista*, que desorientó a los votantes tradicionales sin lograr penetrar en el mundo del nacionalismo *light*: los antiguos votos de EE fueron a parar en su mayoría a IU.)

Hace años que ha comenzado a bajar ostensiblemente una marea nacionalista que por otra parte nunca fue tan apabullante como a veces se ha dicho (la penetración de esta corriente en la sociedad vasca suele exagerarse: el nacionalismo sólo ha llegado a rozar en sus mejores tiempos la mitad del censo (9)). Este flujo de votos desde el nacionalismo hacia el campo no

(9) Si el PNV logró su mayor éxito electoral en los comicios autonómicos de 1984 (más de 450.000 votos), curiosamente el nacionalismo alcanzó sus cotas máximas inmediatamente después de la escisión en el PNV. Eran tiempos en que ante el elector nacionalista se ofrecían nada menos que cuatro papeletas posibles (dos de centro-derecha —PNV y EA— y dos «de izquierda» —EE y HB—): en las elecciones autonómicas de 1986 el voto nacionalista superó el 67% de los sufragios (lo que significaba un 47% del censo). Un año después, en los comicios a Juntas generales, HB alcanzaba su cénit (desde entonces no ha dejado de declinar lentamente, elección tras elección). La cota más baja del voto nacionalista corresponde hasta el momento a las generales del 93, situándose en niveles similares al de las elecciones —también legislativas— de 1979 (cuando en conjunto no llegaba a la mitad del electorado): un 48% neto sobre los votantes, que equivale a sólo un 33,6% sobre el censo.

nacionalista parece ser una tendencia de larga duración que, aunque conoce algunos dientes de sierra en función de las diferentes convocatorias, arranca desde fines de los años ochenta, y obedece en parte a una lógica generacional: los jóvenes son cada vez menos nacionalistas. El declive afecta sobre todo al nacionalismo radical; HB y EA van cediendo poco a poco sus votos a un PNV que pese a todo sigue ostentando una hegemonía limitada, que depende más de la debilidad de los demás que de su propia fortaleza intrínseca (su enorme poder autonómico se sustenta actualmente en un 17,3% del censo). Además, el PNV conserva una envidiable capacidad de presión en la política nacional, a todas luces desproporcionada con el exiguo número de escaños que controla (hecho anómalo que tiene que ver con la persistencia del radicalismo abertzale combinado con el acreditado talento de algunos *burukides* para «meter ruido»).

En las últimas elecciones municipales y forales del 28-5-95 se ha producido de nuevo un ascenso importante del PP vasco, que duplicaba con creces sus votos, pasando de los 76.196 obtenidos en las municipales del 91 a 160.570 en las del 95 (su récord sin embargo se sitúa en las generales de 1993, cuando consiguió más de 175.000 votos), y multiplicaba casi por 2,5 el número de concejales. Estos resultados —que por cierto guardan bastante paralelismo con lo sucedido en Cataluña, donde también sube el PP y retrocede CiU— son especialmente notables en San Sebastián, donde tras el asesinato de Ordóñez(10) el PP ha sido el

(10) Entre los numerosos crímenes de ETA, algunos de ellos jalonan por su especial valor simbólico el proceso de evolución de la derecha vasca en el último cuarto de siglo. Si el secuestro y eliminación de Javier de Ybarra marcó un punto de inflexión en el eclipse y dispersión de la vieja derecha oligárquica, el asesinato de Gregorio Ordóñez supone sin duda un hito en la recuperación del PP y su expansión hacia el espacio político de centro. La comparación entre el perfil político y la personalidad de ambas víctimas dice mucho del largo camino recorrido por la derecha nacional en Vasconia desde el final de la dictadura.

partido más votado; pero los resultados también le son favorables en Bilbao, donde queda en segundo lugar al conseguir 7 concejales (2 menos que el PNV); también en Alava y Vitoria se afirma como la segunda fuerza política, por delante del PSE-EE y de Unidad Alavesa —un partido que después de la euforia de las autonómicas del año pasado experimentaba en las municipales un recorte significativo de sus sufragios(11). Anotemos de pasada que los socialistas vascos han conseguido esta vez mantener bastante bien sus posiciones (su derrota es más honrosa que la que experimenta el PSOE en toda España, donde los resultados —en unas elecciones a las que desde la oposición se ha querido dar un fuerte carácter de *primarias*— distan sin embargo de ser lo catastróficos que las encuestas habían anunciado). El PNV, por su parte, retrocede respecto a sus resultados de 1991 (retroceso especialmente

(11) UA es una formación populista que se presenta a sí misma como un muro de contención frente a la avalancha nacionalista, volviendo contra Bilbao y contra el centralismo del Gobierno vasco ciertos sentimientos de agravio de una parte de los alaveses. Este partido —cuyo espacio político en principio no difiere demasiado del PP— responde al nacionalismo utilizando sus mismos *tics* y una forma de argumentación similar, pero en su caso a escala provincial. UA se jacta de haberse constituido en una piedra en el zapato del nacionalismo y en una garantía para los alaveses frente a hipotéticas aventuras autodeterministas. El futuro de este partido, un fenómeno político de crecimiento rápido que no carece sin embargo de raíces históricas —del foralismo decimonónico a la cuestión alavesa durante la Segunda República, pasando por la Alianza Patriótica Alavesa de Dato—, desavenencias internas aparte, está ligado estrechamente al del nacionalismo y a sus actitudes, especialmente en el terreno lingüístico (resistencia contra el proceso de homogeneización cultural que implica la *construcción nacional* de Euskadi; protesta contra determinados abusos y discriminaciones laborales causados por una política de euskaldunización voluntarista y muy ideologizada) y depende también del abuso retórico de la «amenaza» secesionista (es evidente que cuanto más hable el PNV de autodeterminación más votos irán a parar a UA). Junto a ello habría que considerar en qué medida los otros partidos no nacionalistas han aprendido la lección y ofrecen en Alava a sus electores una defensa firme de sus intereses frente a las presiones de una clientela nacionalista que defiende los suyos con vigor.

doloroso en Bilbao debido a la incidencia del fenómeno Gorordo, si bien esta sustracción de votos se ve compensada con creces en Vitoria gracias al «efecto Cuerda»).

Lo que es claro en cualquier caso es que el PP gana espacio político (o más bien lo recupera). A falta de estudios solventes sobre las últimas elecciones cabe conjeturar que esta recuperación del centro-derecha nacional tiene lugar fundamentalmente a costa del PNV (que va devolviendo el famoso *voto prestado*), y también del PSOE. La pregunta se impone: ¿ha alcanzado ya el PP su techo en el País Vasco? ¿Puede albergar este partido todavía razonables expectativas de crecimiento? (y en caso afirmativo, hasta dónde podrían alcanzar tales expectativas). Responder con alguna probabilidad de acierto estas interrogantes es naturalmente un ejercicio arriesgado. Pero nada nos impide especular e incluso aventurar una respuesta negativa a la primera cuestión y positiva a la segunda a partir de una serie de indicios que podríamos situar sobre un triple encasillado cronológico (largo, corto y muy corto plazo). Estos indicios son los siguientes:

1) *El sustrato histórico*. Si es cierto que, como lo han subrayado varios estudios politológicos, por debajo incluso de las transformaciones socioeconómicas las culturas políticas constituyen un factor de larga duración — los fenómenos culturales, como dice J. F. Sirinelli, son de combustión lenta—, basta examinar retrospectivamente los resultados de la derecha española durante el primer tercio del siglo para pronosticar que existe todavía un amplio espacio para el centro-derecha en las provincias vascas (12).

(12) Como más arriba sugeríamos, las actitudes y comportamientos que últimamente muestran las dos derechas vascas —PNV y PP— revelan que, cerrado el paréntesis franquista, se está produciendo un cierto regreso a los orígenes. Unos orígenes que, en lo ideológico, podemos personificar respectivamente en los nombres de S. Arana Goiri y A. Cánovas del Castillo: si en el *tempo* intermedio es indudable que los nacionalistas ocuparon

2) Si a continuación examinamos la *evolución reciente* comprobaremos que ese espacio todavía no ha sido recuperado por sus propietarios históricos ni siquiera en los niveles correspondientes al inicio de la transición: observando los resultados de las primeras elecciones democráticas, las de 1977, y comparándolos con los datos de las más próximas, vemos que en aquella ocasión AP y UCD alcanzaron en conjunto un 19,5% de los votos emitidos; pues bien, en las legislativas de 1993 la derecha no nacionalista —PP+UA+CDS— totalizaba un 16,7% (lo que quiere decir que todavía se situaba 3 puntos por debajo del nivel inicial del 77).

3) En fin, el análisis de los *resultados inmediatos* muestra que el voto «popular» es más urbano (13) y más joven que la media. Ambas características parecen indicar que esta opción política está dotada de una considerable capacidad expansiva (tanto en el plano territorial como en el generacional).

Centrándonos ya en este último escalón temporal, las transformaciones en el comportamiento electoral que se observan en la comunidad autónoma hay que insertarlas en un cambio profundo en la opinión que tiene

transitoriamente un lugar «a la izquierda» de sus rivales políticos, retomado el espesor cronológico de las culturas subyacentes —liberalismo conservador frente a carlismo-integrismo-bizkaitarrismo— habría pues que devolver a la vieja derecha nacional su posición originariamente más centrista.

(13) Dadas las particulares características del electorado vasco el voto PP, que obtiene sus mejores resultados en las tres capitales, es allí aún más urbano que en el resto de España. Tampoco se cumple en esta comunidad autónoma la relativa ruralización del voto PSOE (J. I. Wert, «Poder, tiempo y espacio. Las elecciones municipales y autonómicas del 28-M», *Claves de razón práctica*, 54, julio/agosto 1995, pp. 24-38). Por el contrario la correlación entre voto socialista y tamaño de la población es en la CAV positiva (hay que tener en cuenta, además de las capitales, las importantes localidades industriales de Vizcaya y Guipúzcoa). En cambio, en general son las fuerzas nacionalistas quienes obtienen claras mayorías en los municipios pequeños.

su reflejo en el clima social. Este cambio, que se manifiesta en casi todos los órdenes, tiende a beneficiar según creemos sobre todo al centro-derecha vasco.

El hastío ante la persistencia del terrorismo y la violencia callejera se están volviendo contra el nacionalismo. De hecho sus efectos políticos se han invertido y perjudican crecientemente desde hace años a los intereses electorales de este sector; cada secuestro, cada atentado, cada sabotaje, cada ataque a la Ertaintza, cada acción de amedrentamiento de la población o de destrucción de bienes privados o públicos, al tiempo que pone de manifiesto sin lugar a dudas que el llamado *problema vasco* es esencialmente un conflicto *entre vascos*, descalifica un poco más la tibieza del nacionalismo moderado frente al mundo radical y al gamberrismo parapolítico a él asociado. Aunque está por ver la incidencia sobre la opinión pública del escándalo retrospectivo de los GAL, es muy posible que la firmeza frente a ETA y sus adláteres (rechazo de toda negociación con los terroristas, reforzamiento de la eficacia policial y cumplimiento de la ley, política de aislamiento hacia HB) produzca cada vez más réditos a la hora de las urnas.

Además un sector de esa generación de jóvenes que han crecido bajo gobiernos socialistas y nacionalistas es muy poco sensible a la imagen peyorativa de un PP asociado de algún modo al franquismo. A este respecto el observador menos atento de la sociedad vasca puede percibir que se están rompiendo muchos tabúes. Hoy empieza a no ser raro encontrar entre los representantes estudiantiles y delegados universitarios militantes entusiastas del PP (un hecho tan impensable hace pocos años como lo es, por ejemplo, que cierto conocido escritor en euskera, antiguo simpatizante de EE, confesara en una entrevista previa a las últimas elecciones que iba a dar su voto a la derecha no nacionalista; véase *El Correo Español-El Pueblo Vasco*, 22-5-95). En este sentido la intensificación de las trope-

El apego a la tradición y el rechazo al mundo moderno han sido históricamente dos de las notas más acusadas del imaginario vasco.

lías y agresiones por parte de las juventudes de Jarrai-KAS contra los portadores del lazo azul o los militantes de otros partidos deben interpretarse como reacciones llenas de rabia frente a la tozudez de ciertos hechos. Hechos tan reales como que HB no logre captar nuevos votantes en tanto que los jóvenes votan comparativamente más al PP. Como se ha dicho, si la composición del Parlamento vasco dependiera únicamente del sufragio de los electores comprendidos entre los 18 y los 25 años, el grupo parlamentario autonómico más numeroso correspondería al PP, un partido que en poco tiempo ha cedido a HB el poco honroso título de *grupo político más rechazado por la última generación* de votantes de Euskadi (14).

La fragmentación y fuerte polarización del sistema así como la constante crispación de la vida política pueden dar lugar a una percepción errónea del panorama político en la CAV. Las distorsiones generadas por el entorno de ETA en esa percepción no logran ocultar que están operando simultáneamente dos dinámicas relativamente independientes y contrapuestas; una tiende a la radicalización, la otra a la moderación: mientras los radicales exasperan su activis-

(14) «El 36% de jóvenes vascos entre 18 y 24 años nunca daría su voto a HB. A continuación encontramos a un 27% que rechazan taxativamente dar su voto al PP. El año 1986 el voto negativo hacia HB era del 20%, y el de Alianza Popular del 61%» (datos correspondientes a una encuesta efectuada en junio de 1995, citados por J. Elzo en el artículo «La hora de la afirmación democrática», *El País*, 13-7-95).

***La dialéctica entre nacionalismo
español y nacionalismo vasco
funciona como un juego de espejos
que ofrece a veces vaivenes paradójicos.***

mo antisistema, las mayorías sociales alejadas de los extremos reducen o atenúan sus distancias ideológicas. Al margen de un abertzalismo residual cada vez más minoritario y desquiciado, para la inmensa mayor parte de los ciudadanos ha pasado el tiempo de los extremismos y en las áreas templadas del espectro político prevalecen, más allá de las lógicas discrepancias, las fuerzas centrípetas. De encuesta en encuesta todo parece indicar que una suave pero imparable tendencia a la moderación se va imponiendo en un electorado hastiado por el exceso de ideologización, que cada vez se define como menos de izquierdas (téngase presente a este respecto el punto de partida: ese falso e inflado izquierdismo al que aludíamos al comienzo) y menos independentista; Llera, *op. cit.*, 23 ss. Los sondeos de opinión muestran asimismo que va creciendo el peso de quienes se reclaman de una identidad mixta vasco-española —generalmente con un mayor énfasis en el primero que en el segundo término— respecto a aquellos que desearían ser considerados sólo vascos (o sólo españoles). Con el paso del tiempo —y a despecho de los esfuerzos nacionalistas en contrario— los vínculos de todo tipo con los conciudadanos de otras CC. AA. tienden a incrementarse, mientras la idea de España va siendo mejor aceptada. En ese contexto, las estridencias y salidas de tono de unos dirigentes peneuvistas que parecen haberse olvidado del conciliador «espíritu del Arriaga» —e incluso en ocasiones no dudan en minusvalorar y relativizar el marco estatutario— pueden resultarles de muy dudosa rentabilidad electoral (salvo que sus aspiraciones se limiten exclu-

sivamente a arrancar electores a las otras formaciones nacionalistas).

Sigue siendo cierto, sin embargo, que existe fundamental desacuerdo entre los ciudadanos de la CAV acerca de cuestiones tan esenciales como su identidad comunitaria —no hay consenso sobre su definición política, ni tan siquiera sobre los límites territoriales de la comunidad— y su encaje definitivo en la realidad cultural y jurídico-institucional de la nación y el Estado españoles (recordemos la precaria legitimación de la Constitución de 1978 en el País Vasco que, aunque desde el punto de vista jurídico fue aprobada con claridad —70% de votos afirmativos—, contó con una baja participación en el referéndum de ratificación —55% de abstención—). A este disenso sobre el marco básico se une la desvertebración territorial de Euskadi, donde puede distinguirse un subsistema político diferente en cada provincia —hecho que se agudiza con fenómenos como UA o la bilbainista Iniciativa Ciudadana de Gorordo, sin olvidar el perfil *guipuzcoanista* de EA—, por no hablar de otras discordancias intraprovinciales no menos llamativas (en muchos casos el sentimiento de pertenencia localista es superior al panvasquismo). En conjunto, pues, es evidente que la integración simbólica de la ciudadanía es tan escasa como abundantes las líneas de fractura que la cuartejan en una pluralidad de subcomunidades, códigos y culturas políticas. De ahí la inadecuación de pretendidas *soluciones* tan contrarias al más elemental sentido común como la tan cacareada autodeterminación, que ofrecen zanjar los problemas al precio de enconarlos aún más(15).

(15) Como reconoce Mario Onaindia «Euskadi y Cataluña no son países que gocen de mayor cohesión social y unión lingüística y cultural que España en su conjunto, ... [de manera que] un proceso que intentara conquistar un Estado independiente dividiría a la población en dos mitades irreconciliables que llevaría inevitablemente a la “ulsterización”» (*Carta abierta sobre los prejuicios que acarrear los prejuicios nacionalistas*, Barcelona, Península, 1995, pp. 105-106).

En medio de esta sociedad hondamente dividida en la que el nacionalismo ha asentado su hegemonía —ciertamente frágil y declinante— y la autoidentificación vasquista predomina sobre la conciencia nacional española sorprende que, como se ha hecho observar a menudo, los periódicos más leídos sean con gran diferencia *El Correo Español* y *El Diario Vasco*, que mantienen un tono de profesionalismo informativo y una línea de eclecticismo político poco proclive a los desbordamientos nacionalistas. Tampoco deja de ser revelador el hecho de que, entre las diferentes convocatorias electorales —que, como es sabido, ofrecen comportamientos muy diferenciados de la ciudadanía según su ámbito— sean precisamente las elecciones generales (y no las autonómicas, forales ni municipales) las que movilizan a más gente y registran un menor índice de abstención.

La pugna política PNV-PP parece agudizarse conforme aumentan las probabilidades de que el próximo Gobierno central corresponda formarlo a los segundos. Observémosla un poco más de cerca. Ambos partidos compiten por un mismo espacio electoral de centro-derecha y coinciden en la defensa de una serie de ideas-fuerza —orden, familia, tradición—, así como en la propuesta de similares políticas fiscales, de empleo, etcétera. Sin embargo, como ha quedado dicho, se trata de dos subculturas políticas muy diferentes: el acusado comunitarismo y la emoción patriótica del PNV están muy alejados del universo liberal-conservador del PP, decididamente más moderno y desdramatizado desde el punto de vista ideológico.

Mientras el PNV «acusa» al PP de ser un partido nacionalista español marcado todavía por la impronta de un cierto franquismo residual, el PP responde al PNV con un amplio arsenal de reproches mucho más concretos. Entre las armas más utilizadas por los populares en esta querrela destacan aquellas que

tienen que ver con el sobredimensionamiento de la burocracia autonómica en un momento que debiera ser de austeridad, la recuperación de un valor tan clásico de la derecha —y tan descuidado por el PNV— como lo es el orden (16) y, sobre todo, con la gestión de la economía vasca durante estos últimos años. Un argumento que parece hacer creciente mella en la opinión es la comparación —odiosa para los nacionalistas— entre la pujante situación del País Vasco a principios de los años setenta —aquellos tiempos en que las vascongadas estaban a la cabeza en todas las estadísticas, situándose por su renta familiar entre las provincias más prósperas de España— y la calamitosa situación presente, cuando pese a la recuperación de estos últimos meses gran parte de las fábricas que siguen abiertas tienen problemas y muchos jóvenes se ven obligados a emigrar a Madrid o a Barcelona. Los empresarios vascos, especialmente sensibles al empobrecimiento relativo, a esa drástica pérdida de peso específico de la región en España y al declive de su influencia en todos los foros, empezarán en parte a distanciarse de un modelo nacionalista que no sólo no garantiza suficientemente la seguridad sino que tampoco ayuda mucho a despejar el horizonte, introduciendo con su ambigüedad acerca del marco jurídico-político un plus de incertidumbre en el sistema. Aunque el PNV sigue responsabilizando a «Madrid» de buena parte de los males de Euskadi (también de los económicos: mala gestión del sector público, cierre de empresas, escasez o desvío de inversiones...), lo cierto es que esa clase de argumentos victi-

(16) De los dos valores principales de la derecha —tradición y orden— el PNV ha puesto el énfasis en el primero, mientras el PP por razones evidentes lo hace más en el segundo (al fin y al cabo el mismo *desorden* que propició el éxito de los nacionalistas vascos —recuérdense las palabras de Arzalluz a HB en abril de 1990; «unos sacuden el árbol y otros recogen los frutos» (*El País*, 3-4-94)— contribuyó a dispersar hace menos de dos décadas a la derecha española en la región).

mistas sólo convence a quienes ya lo estaban de antemano.

Y es que el PNV, contando con importantes presupuestos y amplios resortes de autogobierno y obligado a tomar decisiones gubernamentales concretas —sus programas electorales tienen por fuerza un nivel de concreción mucho mayor que los de otras fuerzas con escasas posibilidades de gobernar—, ha perdido hace tiempo su pureza virginal. El modelo ideológico justificador de un nacionalismo defensivo frente a los perversos y agresivos poderes centrales está agotado y, fuera de sus círculos de incondicionales, ha comenzado a perder crédito. Al margen de la economía, el marasmo nacionalista se explica también por motivos similares en distintas áreas. La contratación de funcionarios ha alcanzado ya, dado el avanzado proceso de construcción autonómica, un punto muy próximo al de saturación, al tiempo que se han ido normalizando los sistemas de acceso. Lo cual crudamente expresado quiere decir que ha cesado —o al menos se ha ralentizado mucho— el reparto de beneficios clientelares derivados del usufructo —primero en exclusiva (gobierno monocolor) y luego en una cómoda posición hegemónica (gobiernos de coalición)— por parte del PNV de una fuente de distribución de empleos administrativos tan generosa como lo fueron los primeros gobiernos vascos de la transición. Por otro lado, las políticas culturales o lingüísticas si bien han creado nuevos intereses y una sólida red de complicidades entre sus beneficiarios más directos, también están estimulando —como sucedió en el pasado en sentido inverso durante el franquismo— la producción de «anticuerpos»: trabajosamente quebrada la *espiral del silencio* que todavía sigue atenuando muchas lenguas, cada vez afloran con mayor claridad los sentimientos de malestar entre no pocos ciudadanos vascos cansados de que bajo la cobertura de una retórica patrioterica y de una legislación poco respetuosa con la realidad sociolingüística se les discrimine, se les relegue laboralmente o se atro-

pellan determinados derechos adquiridos (entre los damnificados por la euskaldunización compulsiva ocupan un lugar destacado diversos colectivos de enseñantes). La disidencia y el descontento social frente a ciertos abusos derivados de la puesta en práctica de los proyectos nacionalistas aumenta y, en suma, cada día se oyen más las voces de quienes ya no están dispuestos a comulgar con las ruedas de molino de una *construcción nacional* que durante años encandiló incluso a la izquierda no nacionalista.

Pero si el magnetismo explícito de los polos derecha/izquierda ha disminuido, la otra dimensión tradicional de la política vasca —nacionalismo/no nacionalismo— mantiene al parecer una capacidad limitada para entusiasmar a la población (a la hora de decidir el voto, la cuestión prioritaria no es ya nacionalismo sí o no, sino las propuestas económico-sociales concretas de cada programa; Llera, *op. cit.*, pp. 69-70). Ahora bien, a juzgar por el eco que los grupos pacifistas despiertan entre amplios sectores sociales, diríase que estos movimientos por la paz —que en parte responden a la crisis de los partidos y constituyen un síntoma de la alarmante incapacidad de éstos para encabezar la lucha civil contra el terrorismo— han comprendido mejor que muchos políticos que la divisoria fundamental entre los vascos en las actuales condiciones no debería ser otra que la que separa a los ciudadanos pacíficos de los asesinos y sus amigos.

Contrariamente a los esfuerzos de los violentos por sembrar la discordia entre los demócratas, romper su unidad de acción y poner en marcha algún tipo de *frente nacionalista*, pocas cosas expresan mejor su fracaso y, de paso, el contraste entre el ambiente político anterior a la guerra civil y la presente etapa histórica que las relaciones entre las fuerzas políticas democráticas, en la actualidad mucho más distendidas de lo que lo fueron en el pasado. Superada en gran medida la irreconciliable hostilidad que en otro tiempo

las enfrentó, las tres esquinas que han configurado el triángulo esencial de la política vasca durante este siglo —izquierda, derecha, nacionalistas— están actualmente, pese a sus múltiples divergencias, del mismo lado de la barrera y por tanto cualquiera de ellas sería susceptible de entrar, llegado el caso, en combinación de gobierno con alguna de las otras dos (aunque algunas de estas coaliciones sean en la actualidad difícilmente imaginables). Sea como fuere, el partido que encarna el centro-derecha vasco parece hoy por hoy muy alejado de los dos *partenaires* con quienes eventualmente podría coligarse: al acerbo enfrentamiento con el PSOE se une la irreprimible desconfianza que mutuamente se profesan nacionalistas y populares. Sin embargo la experiencia demuestra que estas malas relaciones son más aparentes que reales y, cuando se den las circunstancias adecuadas —bien lo prueba el reciente acuerdo PP-PNV para gobernar conjuntamente, en detrimento de los socialistas, en el ayuntamiento de Bilbao—, el PNV no dudará en jugar sus bazas a fin de lograr alguna clase de acercamiento o pacto con la *otra* derecha en el momento en que el PP se haga cargo del gobierno de la nación.

Ahora bien, si en una sociedad segmentada y culturalmente mestiza como la vasca las tensiones nacionalistas, irresponsablemente atizadas por determinados aventureros políticos deseosos de pescar en aguas revueltas, hicieran resurgir la polarización Euskadi/España como focos alternativos de lealtad política, este hecho, operando de un modo bastante diferente al de la transición, podría recortar aún más el espacio político de la izquierda. Hay que tener presente que sobre ese otro eje cardinal de la política vasca el PP compite con ventaja con un PSE-EE que en este aspecto coincide parcialmente con el centro-derecha nacional (común rechazo del autodeterminismo/independentismo, apuesta firme e inequívoca por la españolidad de Euskadi), pero cuyo mensaje se ha desdibujado después de tantos años de gobernar en coalición con el PNV (últimamente también con

EA), a lo que habría que añadir una trayectoria bastante errática que estos últimos años ha desorientado a su electorado. Los analistas podrán decirnos si la impresión de que en las recientes elecciones vascas un cierto porcentaje de votos PSOE «de baja intensidad» se está trasvasando al PP responde o no a la realidad. En todo caso conviene subrayar que la competencia por la hegemonía en el espacio político contrario a las veleidades nacionalistas está abierta. Cualquier debilidad o falta de definición de los socialistas vascos en este terreno será aprovechada por un PP que no se recata en manifestar su voluntad de constituirse en *el otro polo* de referencia al PNV, incluso en alternativa inmediata a los nacionalistas (véanse las declaraciones en este sentido de Jaime Mayor Oreja a *El Correo Español-El Pueblo Vasco*, 17-10-1994, así como su artículo «Un cambio de talante», en el mismo diario, 10-6-95). Que los socialistas vascos no lo olviden.

Escapar de la «pinza» de las dos derechas requiere pues de los socialistas un esfuerzo por desactivar la endiablada dinámica de un vasquismo y un españolismo excluyentes. Afortunadamente amplias franjas de la sociedad vasca están demostrando día a día que optan por la mezcla de identidades y se niegan a entrar en ese juego. Tal vez sea el momento de aprovechar el ambiente más sosegado para desarrollar una labor político-pedagógica que, ante la virulencia de los nacionalismos etnicistas y sus terribles efectos en tantas regiones del mundo (sin excluir, como en el caso de los Balcanes, el viejo continente), haga comprender a la ciudadanía las

***Las tendencias profundas
de la opinión vasca parecen inclinarse
lenta pero inexorablemente
hacia la moderación y la distensión.***

ventajas para la convivencia de un nuevo patriotismo constitucional ajeno a cualquier tribalismo, integrador y leal a las instituciones democráticas. Un patriotismo posnacionalista que vuelva la espalda tanto a los desvaríos del apolillado casticismo español — por fortuna hoy muy debilitado— como a sus correlatos periféricos (más vivos y arrogantes, y por tanto también más peligrosos). Un patriotismo en fin que, apoyándose en la idea de una nación de ciudadanos, haga compatibles con naturalidad y sin aspavientos la pertenencia a España y a cada una de sus comunidades autónomas con la conciencia europea y cosmopolita.

A pesar del clima de crispación política de estos últimos meses y al desconcierto social agudizado en la CAV por el déficit de eficacia de los poderes públicos para proporcionar seguridad a la ciudadanía, así como por la falta de liderazgo institucional para dar adecuada respuesta a las campañas

de intimidación instrumentadas por un radicalismo *abertzale* definitivamente fascistizado, las tendencias profundas de la opinión vasca parecen pues inclinarse lenta pero inexorablemente hacia la moderación y la distensión (17). Y en este nuevo clima es lógico prever que el centro derecha nacional seguirá ensanchando su espacio político en la región de manera aún más acusada que en el resto de España. Todo parece indicar que a medio plazo esta opción política —agrupada hoy casi exclusivamente bajo las siglas del Partido Popular— podría alcanzar las cotas de influencia política y social que tradicionalmente detentaba antes de la crecida del abertzalismo. Lo cual, con independencia del juicio político desfavorable que como gentes de izquierda indudablemente nos merece, ha de ser saludado por todos los demócratas en la medida que constituye a la vez una consecuencia inevitable y un esperanzador síntoma de la tan anhelada normalización de la sociedad vasca.

(17) Conscientes de este giro moderado de la opinión los propios radicales han modulado en muchos casos su mensaje para favorecer su aceptación social. No sólo asistimos en los últimos tiempos a un baile de disfraces en el que los verdugos pugnan por travestirse en víctimas sino que, manipulando el deseo generalizado de paz y las connotaciones positivas de los términos diálogo y negociación, algunos halcones se disfrazan de palomas cargando en la cuenta de los partidos democráticos la responsabilidad de sus propias actuaciones delictivas. Desde los aledaños del mundo *abertzale* movimientos pseudo-pacifistas como Elkarri tratan de situarse en un terreno

escrupulosamente neutral, como mediadores dispuestos a repartir la razón al 50% entre las víctimas y los verdugos. En dichos medios se califica de intransigencia e inmovilismo la más elemental firmeza democrática frente al propósito de los violentos de someter a la sociedad a sus dictados. En este sentido ceder de un modo más o menos encubierto a las presiones del terrorismo, por mucho que ello pudiera hacer callar a las armas significaría —amén de los serios riesgos de «ulsterización» que acechan tras la falsa solución autodeterminista— la renuncia definitiva a superar la grave enfermedad moral que ha venido aquejando durante estas últimas décadas a la sociedad vasca.